

dejé marchar, y fui en busca del Duque, que estaba en el jardín. Sorprendido al verme, su recibimiento fué indicarme con una seña que me marchase. Pregunté la razón al señor Sforza, que era íntimo suyo, y me contestó sonriendo con estas palabras: «Benvenuto, tened buena salud y burlaos de los demás.» Sin embargo, pocos días después me consiguió una audiencia. El Duque me recibió con mucha frialdad, y me preguntó qué había hecho en Roma. Habléle de mi asunto con Altoviti, y después de Miguel Angel, de quien le referí una anécdota que había callado hasta entonces. — Monseñor, le dije, cuando propuse á Miguel Angel que viniese á Florencia, le invité á que confiase á su operario Urbino los trabajos que tuviese por concluir; pero éste comenzó á gritar con voz de campesino: «No quiero separarme de mi maestro hasta que me haya desollado ó yo le desuelle á él.» El Duque se echó á reír, diciendo: «¡Puesto que Miguel Angel no quiere venir, tanto peor para él!» Oídas estas palabras me despedí de S. E.»

XXV.

Después del maravilloso triunfo de Benvenuto, previendo el Duque la guerra con Pisa, quiso utilizar en defensa de la capital á los eminentes artistas que habían contribuido á su decoración, eligiendo á Benvenuto para fortificar las puertas principales de Florencia. Su irascible carácter estuvo otra vez á punto de costarle la vida.

«Mandaba la guardia de la puerta de Prato, dice Benvenuto, un capitán lombardo tan robusto y rudo como vanidoso é ignorante. Preguntóme qué pensa-

ba hacer, y con la mayor cortesía le enseñé el plano. Al verlo, movió la cabeza, volvióse de un lado á otro, agitó las piernas, se retorció el bigote, que era muy largo, y al fin dijo: «¡Lléveme el diablo si entiendo algo de eso!—Si nada entendeis, le contesté volviéndole la espalda, dejadme trabajar.—¡Hola, maestro! ¿acaso tenéis gana de habéros las conmigo?—Más fácil me sería eso, le contesté encolerizado, que fortificar esta puerta;» y al mismo tiempo pusimos mano á las espadas: pero multitud de honrados florentinos acudieron á separarnos, reconviéndole, porque yo obraba en nombre de Su Excelencia; dejándome desde entonces tranquilo el capitán.

«Cuando terminé el baluarte en la puerta de Prato, fui á la del Arno, donde mandaba un oficial de Cesano, sumamente cortés: parecía una mujer delicada, y era el más valiente del mundo. Tan perfectamente nos llevamos, que mi trabajo resultó mucho mejor hecho en esta puerta que en la otra. Habiendo hecho poco después las gentes de Pedro Strozzi una incursión en el condado de Prato, fué tan grande la alarma, que todos los habitantes cargaban sus muebles en carretas y acudían á la ciudad. Tantas venían, que se tocaban unas á otras; y viendo tanto desorden, advertí á los guardias de la puerta tuviesen cuidado no sucediese como en Turin, donde igual confusión impidió bajar el rastrollo, que quedó levantado sobre las carretas y dió margen á que se perdiese la ciudad. Mis advertencias desagradaron al capitán lombardo, que quiso neciamente comenzar de nuevo la riña; pero otra vez nos separaron, y terminado el baluarte, le abandoné, porque iba á recibir mucho dinero que no esperaba, con el cual podría concluir mi *Persso*.»

Pero por esta obra maestra quedó más recompensado en honor que en dinero.

«Comenzaba, pues, dice, á poner mi estatua en condiciones de ser expuesta, y como me faltaba un poco de oro y algunas cosas para perfeccionarla, murmuraba, me quejaba, y maldecía el instante en que abandoné la Francia y su gran rey; no previendo aún todo lo que había de ocurrirme con un príncipe que me dejaba trabajar para él á expensas de mi propio bolsillo. Cuando permití al público ver mi estatua, alzóse, á Dios gracias, universal clamor de aprobacion, que no dejó de consolarme. Aquel mismo día ataron en derredor de mi *Perseo* más de veinte sonetos (1), y otros muchos hicieron en los días siguientes en griego y en latin los profesores y estudiantes de la Universidad de Pisa, que habian venido de vacaciones. Pero los elogios que más me agradaron fueron los de los maestros del arte, del pintor Jacobo de Pustormo y del hábil Bronzino, que no se limitó á felicitaciones, sino que tambien hizo hermosos versos. Despues retiré la estatua de la vista del público y me dediqué á darle la última mano.

»Aunque fué testigo el Duque de la aprobacion de nuestra excelente escuela, no le impidió decir que se alegraba de que hubiese conseguido esta pequeña satisfaccion porque me excitaria para terminar la estatua; pero que cuando quedase descubierta y se viese por todo los lados, se le encontrarían defectos que aun no se habian notado, y que debia armarme de paciencia. Hablaba así por sugerencias de Bandinello, que le citó por ejemplos el *Cristo* y el *Santo Tomás* de bronce de Andres Verrochio, y el hermo-

(1) Es costumbre en Italia hacer sonetos en todos los acontecimientos y cosas extraordinarias.

so *David* del divino Miguel Angel, que solamente era perfecto por delante. Bandinello juzgaba mal del gusto público por todo lo que habia dicho de su *Hércules*. Un día en que el Duque hablaba con él de mi estatua, viniendo Bernardone en apoyo de aquel envidioso, le dijo que era muy distinto hacer figuras grandes á hacerlas pequeñas; y con palabras preñadas de hiel y mentira trataba de perjudicarme y vengarse.

»Sin embargo, á Dios gracias, quedó terminado mi *Perseo*, y lo descubrí por completo al público un juéves por la mañana. Desde ántes de amanecer se reunió considerable multitud para contemplar la estatua, y todos la alababan á porfia. El Duque estaba oculto detras de una ventana, para escuchar lo que decian; y tanto se regocijó, que me envió al señor Sforza para decírmelo, lo cual añadido á las alabanzas que por todos lados me dirigían, fué de tanto contento para mí, que me mostraban con el dedo como cosa maravillosa.

»Entre los que más me felicitaron, se encontraban dos caballeros que el Virey de Nápoles habia enviado al Duque para negocios de Estado. Señalaronme á ellos cuando pasaba por la plaza, y se me acercaron precipitadamente con el sombrero en la mano, dirigiéndome discursos como si fuese yo el Papa. En vano me humillaba porque sus felicitaciones no concluian, y como se reunia mucha gente en derredor nuestro, encontrábame tan confuso que les supliqué pusiesen tregua á tantas ceremonias y que nos alejásemos. Propusieronme en seguida que fuese á su país, donde me darian la pension que pidiese, diciéndome que Giovan-Angelo de Servi les habia hecho una fuente decorada con muchas figuras que estaban muy léjos de ser tan bellas como las mías,

y que le habian colmado de dones. Cuando terminaron sus largos discursos, les contesté que estaba al servicio del príncipe que más gustaba de los hombres de talento y en el seno de mi patria, que era la de las bellas artes; que si el interes me impulsase á obrar, hubiésemme bastado permanecer con el rey Francisco I, que me daba mil escudos de oro al año, sin contar el precio de mis obras, de manera que todos los años ganaba más de cuatro mil; que sin embargo habia renunciado á tantas utilidades y dejado en Francia el fruto de cuatro años de trabajo. Con estas palabras puse término á sus ceremonias, y les di gracias por sus elogios, que eran el mejor precio de las obras bellas y que me animaban á emprender otras más bellas aún. Aquellos caballeros querian comenzar de nuevo las felicitaciones, pero les saludé con mucho respeto y me separé de ellos.

»Dos dias despues, viendo que los elogios seguian en aumento, me dispuse á ver al Duque, quien me dirigió estas amables palabras: «Querido Benvenuto, habeis satisfecho al público, y á mi vez os prometo dejaros contento de un modo que os asombrará, ántes de que pasen dos dias.» Estas hermosas promesas hicieron que se dirigieran á Dios todas las facultades de mi alma, y besé la orla del traje de su Excelencia con lágrimas en los ojos. En seguida le dije:—Glorioso Señor, remunerador verdadero de los talentos y de los que los ejercen, os pido ocho dias de licencia para hacer una peregrinacion con objeto de rendir gracias á Dios, que me ha ayudado dándome fuerzas para terminar mi estatua.—El Duque me preguntó dónde pensaba ir, y le contesté:—A los Camaldulenses de Valle-umbroso, y á los baños de Santa Maria, y quizá tambien á Sertila, don-

de creo podrán encontrarse bellezas antiguas; en seguida volveré por San Francisco de la Vernia, dando gracias á Dios por todo el camino. «Pues bien, marchad, consiento en ello, me dijo el Duque; pero dejadme un recuerdo en dos versos.» Un momento despues le hice cuatro, y rogué al Sr. Sforza que se los entregase, diciendo el Duque al recibirlos: «Mostrádmelos todos los dias, con objeto de que haga lo que he prometido, porque me mataria si lo olvidase.» El Sr. Sforza me repitió sus propias palabras, casi envidiando el favor de que gozaba con el Duque.

»Salí de Florencia é hice mi peregrinacion, sin cesar de cantar psalmos y oraciones en alabanza del Señor; agradándome tanto más, cuanto que el tiempo estaba hermoso y el país que recorria era extraordinariamente bello. Guiábame un operario mio que era de aquella comarca, y en cuya casa, cuando llegué á los baños, me recibieron cortésmente su padre y un su tío viejo ya, médico-cirujano que entendia algo de alquimia. Dijome éste que los baños tenian minas de oro y de plata, y otras muchas cosas muy curiosas, y cuando se familiarizó conmigo, me dijo un dia: «Si nuestro Duque quisiera oirme, le daría á conocer un proyecto muy ventajoso. Existe cerca de los Camaldulenses un paso tal, que si quisiesen atravesarlo buques á pesar nuestro, no lo harian sin peligro.» Aquel buen anciano me enseñó un plano del país, hecho por su mano, en el que me mostraba la verdad de lo que decia. Cogi el plano y regresé á Florencia lo más pronto que pude, y sin detenerme acudí á palacio. En el camino encontré al Duque, que me dijo: «¡No os esperaba tan pronto!—Monseñor, le contesté, he venido en servicio de Vuecelencia; porque hubiese perma-

recido con gusto algun tiempo más en aquel hermoso país.» Llevóme á un gabinete secreto y le mostró el plano del anciano. Mucho lo celebró, y me dijo que se ocuparía de él, y despues de reflexionar algo: «En último caso, añadió, el Duque de Urbino y yo no nos hemos puesto de acuerdo y á él toca encargarse de eso; pero guardad el secreto; os agradezco vuestro celo.»

»Al dia siguiente me dijo el Duque, despues de algunas frases cariñosas: «Mañana sin falta despacharé vuestro negocio: descuidad en cuanto á eso.» Llegado el momento, acudí á palacio; pero como las malas noticias corren más que las buenas, el Sr. Jacobo Guidi, secretario de Su Excelencia, me llamó con su boca torcida, y en voz muy alta, manteniéndose tieso como una estaca, me dijo: «El Duque quiere saber cuánto pedís por el *Persco*.» Estupefacto quedé al oírle, y le contesté que no ponía precio á mis trabajos para Su Excelencia y que aquello no era lo que me habia prometido dos dias ántes. Aquel hombre se irguió más, y con tono más elevado dijo: «Os pregunto de parte suya cuánto pedís, y os mando que me lo digais so pena de su desagrado.» Yo, que creía no solamente haber ganado sino merecido todo el favor del Duque por mis desinteresados trabajos, ante las insolentes palabras de aquel hombre monté de tal manera en cólera, que le dije que si el Duque me daba diez mil escudos, no me pagaría demasiado, y que no me hubiese detenido en Florencia á no esperar más que este precio. Guidi me contestó con palabras más necias que las primeras, que le devolví con usura, y habiéndome presentado al Duque á la mañana siguiente, me dijo encolerizado: «¿Sabeis que por diez mil escudos se hacen villas y palacios?—Muchos hombres encontrareis

que os los hagan, contesté bajando la cabeza; pero no un *Persco*;» y me alejé. Pocos dias despues me llamó la Duquesa y me dijo que queria reconciliarme con el Duque y que confiase en ella. Con palabras cortesés respondí que nunca habia pedido por precio de mis trabajos otra cosa que el favor de Su Excelencia; que me lo habia prometido y que no era necesario se interesase ella para que obtuviese yo una recompensa que no pedia, puesto que me contentaba con la menor, si el Duque continuaba dispensándome sus bondades. «Benvenuto, me dijo la Duquesa sonriendo y volviéndome la espalda, más os valdria confiar en mí.»

»Creí haber hecho bien hablando de aquella manera; pero resultó lo contrario de lo que esperaba, porque la Duquesa, aunque algo disgustada conmigo, tenía mucho talento y hermoso corazón. En aquel tiempo tenía yo amistad con Jerónimo Albizzi, comisario de infantería, que me dijo queria reconciliarme con el Duque, y que no debía llevar las cosas hasta el extremo de irritarlo en contra mia. Como no ignoraba que habian dicho al Duque que por un *quatrino* (1) haria pedazos mi *Persco* y que todo terminaria así, confié en Jerónimo Albizzi, que me aseguró quedaria contento y conservaria la amistad del Duque. Este hombre, que entendia más de soldados que de cosas de arte, fué á hablar al Duque, quien por su parte confió en su juicio. Creyó entonces Albizzi que tres mil quinientos escudos bastarian para recompensar mi trabajo y que quedaria bien pagado, y me escribió sobre este particular una carta que firmó el Duque. ¡Júzguese del placer que experimentaria al recibirla! Habiéndolo sabido

(1) Moneda parecida á nuestros céntimos.

la Duquesa, no pudo ménos de decir que á confiar yo en ella, hubiese recibido cinco mil escudos de oro. El Sr. Alemanni Salviati, que estaba presente, me repitió sus palabras y se burló de mí, diciéndome que me había ocurrido lo que merecía.

»El Duque me daba cien escudos de oro al mes. Antonio de Nobili, que tenía el encargo de pagarme, me entregó cincuenta al principio, despues veinticinco, y con frecuencia nada. Viendo dilatarse de esta manera el pago de mi pensión, me quejé, y alegó la penuria de dinero que había en palacio, prometiendo darme á medida que recibiese, de manera que tuve con él palabras duras; pero á poco murió, y en el momento de que hablo me devolvió quinientos escudos de oro. Tambien se me había dado algun dinero de la pensión, cuando el Duque, atormentado durante cuarenta horas por una retención de orina que no podían combatir los médicos, se convirtió á Dios y mandó pagar sus atrasos á todo el mundo. Solamente quedó olvidado mi *Perseo*.

»Había decidido no hablar más del asunto; pero me veo obligado á volver sobre él y á dejar el hilo del discurso para tomarlo de más atras. Creia obrar bien al rehusar la mediación de la Duquesa, diciendo que me contentaría con lo que el Duque quisiera ofrecerme, porque sabía que estaba irritado conmigo y queria calmarlo con mi sumisión; porque habiéndome quejado á él de algunas injusticias que habían cometido conmigo, me contestó: «Con eso sucede como con vuestro *Perseo*, por el que me pedís diez mil escudos. Sois demasiado interesado; mandaré apreciarlo, y os pagaré segun el aprecio.» A esto contesté con demasiado atrevimiento para un Principe como él, diciendo: «¿Cómo apreciarán

mi estatua no habiendo en Florencia nadie que sea capaz de hacerla?—Alguien se encontrará que lo haga, replicó encolerizado.» Sin duda pensaba servirse de Bandinello. Entónces le dije: «Monseñor, me encargasteis un trabajo muy difícil, que he terminado, y ha merecido los elogios de esta divina escuela: no diré que el célebre Bronzino, que lo ha celebrado en prosa y verso, no hubiese podido hacer otro tanto si fuese escultor; tampoco digo que el divino Miguel Angel, mi maestro, no lo hubiese conseguido en los tiempos de su vigorosa juventud; pero solamente conozco esos dos en nuestra escuela. Vos mismo, Monseñor, habeis mostrado mucha satisfaccion, habiéndome prodigado entusiastas elogios. ¿Qué mejor recompensa podeis otorgarme? esa me basta, y de todo corazón doy gracias á Vuecelencia.—¿Acaso creéis, replicó el Duque, que no puedo pagaros? Pagaré más de lo que vale.—Solamente esperaba por precio de mi trabajo la aprobación de esta escuela, dije entónces. Recobrad la casa que me disteis, porque no quiero volver á ella ni permanecer en Florencia.» Al escuchar estas enojadas palabras, me dijo con mayor cólera aún: «¡Guardaos de partir! ¿entendeis?» El miedo me obligó á seguirle á palacio, porque entónces nos encontrábamos cerca de *Santa Felicitá*. Cuando llegamos, encargó al Arzobispo de Pisa y al señor de la Stacca encomendar á Bandinello la tasación de la estatua. Al pronto se negó éste á hacerlo, porque no estábamos en buena armonía; pero ante la reiteración de las órdenes, y despues de examinarla durante dos dias, dijo que mi estatua valia diez mil escudos. El Duque se enfureció ante la tasación, y cuando lo supe yo dije que no queria nada de lo que procediese de Bandinello. Entónces fué cuando me dijo

la Duquesa que confiase en ella, á lo que me negué por desgracia mia.»

Esta serie de vicisitudes quedó coronada por la felicidad de su familia que la Providencia reservó para la edad avanzada de Benvenuto, en recompensa de los tiernos cuidados que él mismo tuvo con su anciano padre, y del profundo cariño que profesó siempre á sus hermanas. La menor de ellas, casada y madre de familia en Florencia, le daba casa, le mantenía y le hacía gozar del cariño de sus sobrinos. Otro hubiese sido tan feliz cuanto se puede ser en el mundo, pero él pensaba en regresar á Francia al servicio del rey Francisco I. Hizo hablar de esto al Duque, y el Duque rechazó la petición, continuando haciéndole encargos y dispensándole favores con cierta mesura, llegando á ser Benvenuto, despues de Miguel Angel, el escultor más grande de Italia. Perdió su principal protector en la corte con la muerte del cardenal Hipólito de Médicis, que sucumbió víctima de una fiebre contraída en las *maremmas* de Toscana, durante un viaje en que acompañó á su hermano el Gran Duque.

Benvenuto le sobrevivió poco, muriendo rico y honrado el 1.º de Febrero de 1570, siendo sus exequias dignas de Florencia y de él. La cruz monumental que había concebido y ejecutado veinte años ántes, se alza sobre su tumba en la iglesia de la *Nunziata*, y allí se la admira aún. Parecido á esos grandes músicos que escriben en notas sus acentos ténébres más sublimes para que se canten sobre su ataud, Benvenuto duerme bajo el mármol que él mismo se había preparado. Aquella cruz, el *Perseo* y sus *Memorias* constituyen sus eternos monumentos, siendo el más imperecedero sus *Memorias*.

XXVI.

El carácter principal de su vida, escrita por él mismo tal como acabamos de referirla, fué la ingenuidad, algunas veces algo feroz, de sus sentimientos y acciones. Estos explican con exactitud el entusiasmo por todas las artes manuales que renacian bajo Leon X, el culto del genio, la libertad de las pasiones individuales, á las que hasta los crímenes se perdonaban en gracia de una obra maestra de pintura ó escultura, y en fin, esa extraña mezcla de devoción sincera y de atroces atentados que la absolución del Pontífice borraba de la misma mano del asesino. No existía falsa modestia. Alabábanse del mal como del bien. El genio era virtud, gloria el valor. Lanzábase la vida y la inmortalidad á *cara ó cruz*, con tal de que un Papa tuviese tiempo para perdonar y mandar desde la horca al cielo. Con santa jactancia se ostentaban mayores delitos de los que se habían cometido. Esta época explica á Maquiavelo en política y á Benvenuto Cellini en artes y literatura. Aparecieron los Médicis y cambiaron las costumbres puliéndolas. El comercio hizo de Italia lo que la religión había hecho de ella en tiempo de los Romanos y bajo el cristianismo naciente: el modelo de Europa. Maquiavelo y Benvenuto Cellini fueron las personificaciones de aquella era en política y en artes, como los héroes enérgicos y semibárbaros que precedieron en la antigüedad fabulosa á las grandes civilizaciones.